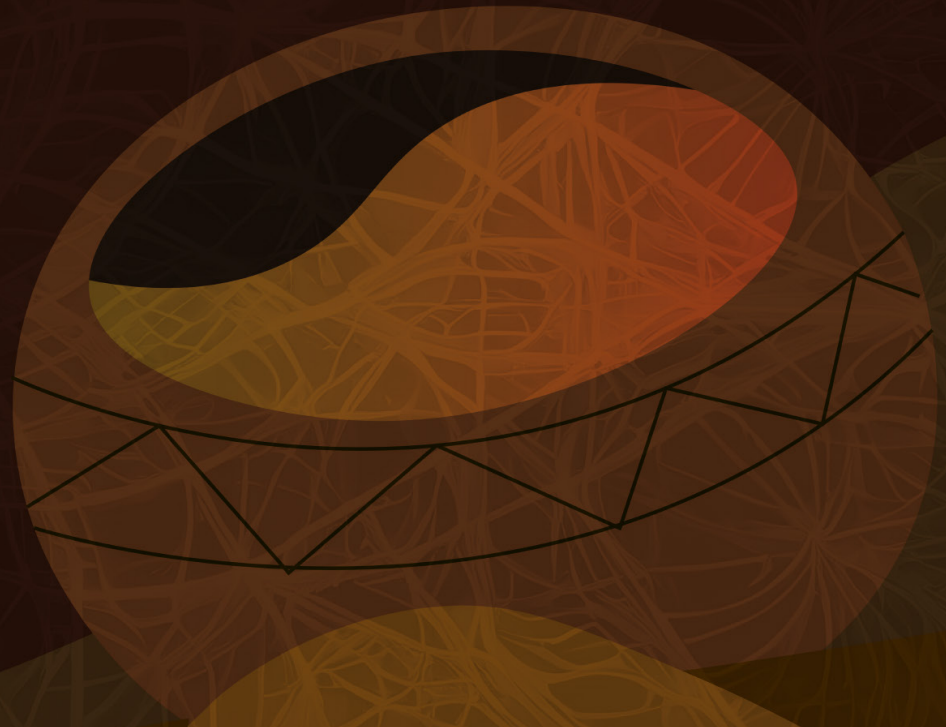


# El bejuco del espíritu

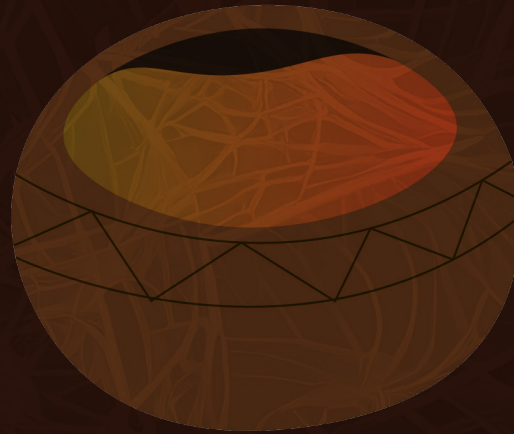
por Lahiri Zuleta





# Ayahuasca

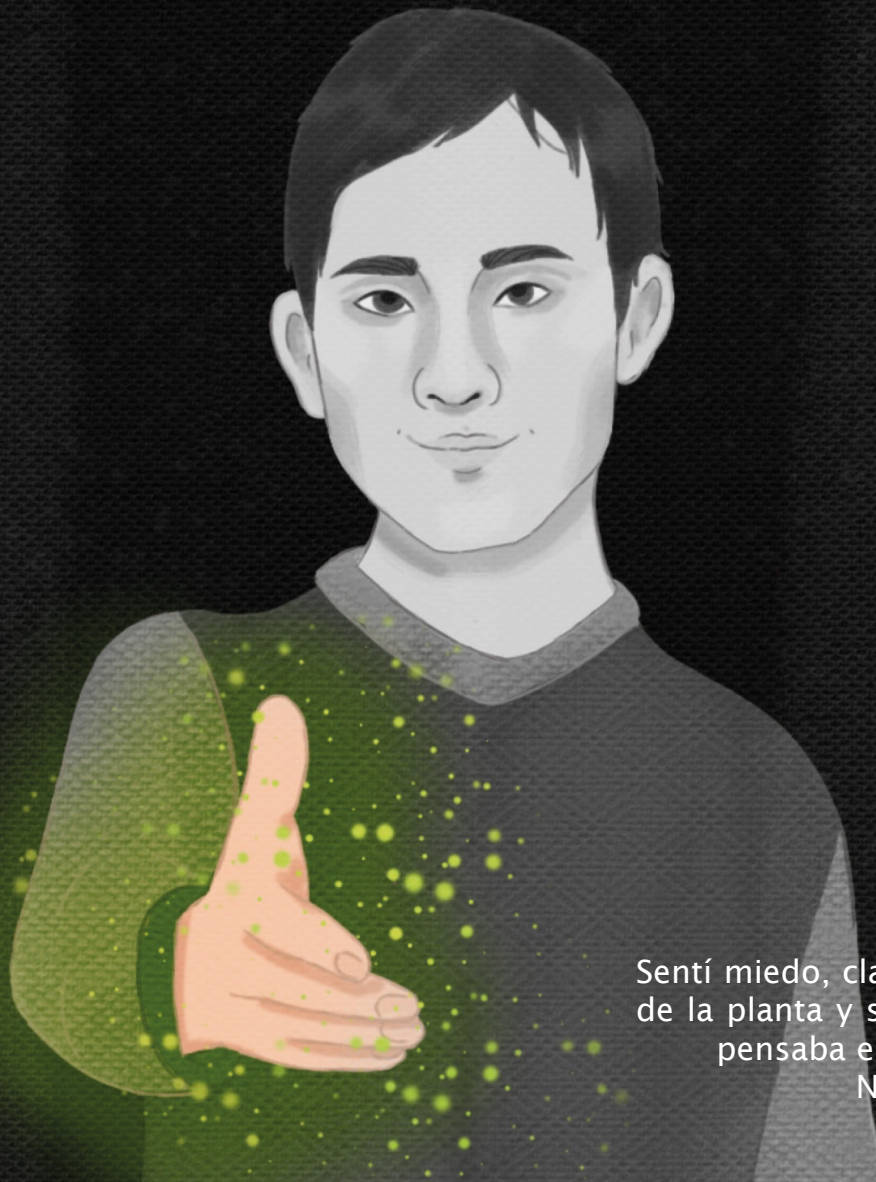
## El bejuco del espíritu



Mi vida era como una rueda interminable, una que giraba sin dirección alguna. Cada paso que daba era una repetición vacía, sin sentido. La angustia me abrazaba en las noches, y los días eran un eco de una existencia que no vivía. Mi alma, aunque viva, se encontraba dormida.



La invitación de un querido amigo llegó como una luz en medio de la oscuridad que me consumía. Me habló de una medicina, la Ayahuasca.  
—Es una invitación a mirar adentro —me dijo.



Sentí miedo, claro. Dudas, incertidumbre. Sabía de la planta y su valor espiritual, pero también pensaba en peligro, droga, muerte, locura. No sabía cuán equivocada estaba.



La noche de luna llena llegué a la maloca, un círculo sagrado.  
—Bienvenida —dijo el taita, señalando la entrada.

El aroma del sahumero llenaba el espacio, y las sombras de las velas danzaban sobre las paredes de guadua.  
—Hoy serás guiada por los ancestros —continuó el taita—. Te acompañará la soga del espíritu, el regalo de la selva.



El taita bendijo el espacio y pidió permiso a los espíritus del territorio. Agradeció por la medicina y por ambas plantas que la componen: la liana que teje los hilos del espíritu, *Banisteriopsis caapi*, y la chacruna, aquella que revela las visiones ocultas.

—Estas dos compañeras abren el corazón y muestran el camino —dijo.

Sostuvo la copa y comenzó a cantarle en lenguas indígenas. Eran las melodías de los *ícaros*, cantos sagrados de poder y protección. Nos preparaban para recibir la ayahuasca.

Llegó mi turno. Tomé la copa con las manos aún temblorosas, sintiendo el peso del momento. El olor era fuerte, como un eco de la selva entrando en mis fosas nasales. Su sabor amargo quemó ligeramente mi garganta. Regresé a mi lugar, cerré los ojos y esperé.



Poco a poco, el susurro de las flautas y el latir de los tambores comenzaron a resonar en todo mi cuerpo. Sabía que había comenzado. Abrí los ojos y vi patrones formándose en el aire, percibía todo de manera diferente. Entonces, supe que era hora de recordar mi intención: entender por qué estaba atrapada en aquella rueda de dolor y cómo podría salir de ella.



De repente, frente a mí, apareció un gran jaguar, el espíritu de la selva.  
—Tienes miedo —dijo sin palabras—. Debes aprender a ser valiente. Este camino requiere fuerza. Sé fuerte como yo. —El camino del que te hablo es el camino del amor, del perdón —continuó—. Mira a tu alrededor. Si logras observar, verás que la Madre Tierra te enseña todo lo que debes saber.



Su mirada intensa se dirigió hacia el centro de la maloca, donde las llamas brillaban, sentía su fuerte presencia, viva, ancestral. Observé las brasas incandescentes y sentí su calor envolviéndome. Algo dentro de mí comenzó a arder también. Cerré los ojos y le pedí al fuego que consumiera todo aquello que ya no debía cargar, en sus llamas danzaba mi historia, y todas las dudas y barreras que puse se volvieron cenizas.



Un miedo me invadía, un miedo al dolor que venía cargando hacía mucho tiempo. Entre sollozos me derrumbé y en ese instante, el taita se acercó a mí.  
—Suéltalo, niña —me dijo. Levantó su wayra frente a mí y comenzó una cirugía del alma.



Sentía cómo los miedos y el peso acumulado comenzaban a disolverse. El viento recorría mi cuerpo, despejando sombras antiguas. Volví a mi infancia, a los momentos de dolor, a las enseñanzas erradas, a las dudas sobre mí y el miedo al futuro. Vi a mi niña interior, pequeña e inocente. La abracé con ternura y comprendí que merecía una vida digna, y que ahora estaba en mis manos ofrecérsela.

Las lágrimas rodaron por mi rostro. No de tristeza, sino de liberación. Agradecí a Dios, al taita, a la Pachamama y al espíritu de la Ayahuasca por mostrarme el camino.



Al amanecer, la tierra su canto de vida. El aire fresco llenó mis pulmones, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que respiraba de verdad. Había renacido.

# Ayahuasca

## El bejuco del espíritu

